

selecta recopilacion de advertencias , que aun no han salido á la luz pública hasta ahora, escritas por un veterano profesor de esta importante virtud , qual es Monseñor Speciano , persuadido á que su lectura ha de agrandar á los sabios , y en muchos casos podrá servir sin desagradar á los menos doctos.

CAPITULO XXX.

Del buen régimen del deseo de los bienes.

§. I.

EL amar , y desear el bien , como ya dexamos insinuado arriba , es una ley que estampó el mismo Dios en nuestra naturaleza. Y aunque yo vaya representando aquí como cosas diversas el amor de la felicidad , el de nosotros mismos , y el deseo de los bienes ; con todo , apuradas las cueñas , podemos decir que son tres nombres diversos , que en substancia significan una misma cosa. Parece á primera vista que qualquiera cosa que se nos presente baxo el nombre , y sobrescrito de bien , la podamos elegir , y abrazar sin dificultad alguna , siguiendo en esto la inclinacion de nuestra misma naturaleza. Pues con todo no es esta una verdad sentada ; por lo que conviene aquí reflexionar , que los sabios han distinguido con razon tres clases de bienes , honestos , útiles , y deleytables , ó para decirlo así , los han vestido de tres diversas qualidades , las quales pueden concurrir en todo quanto se llama bien. Cierto es que hay muchas acciones , á las quales convienen los nombres de los ya mencionados bienes , como es la de amar , y alabar á Dios , lo qual por su naturaleza es una accion honesta , buena , y justa , siendo muy conveniente al hombre dar el obsequioso tributo de su corazon á quien es el Autor de todo su bien. Es asimismo accion muy útil por causa de los bienes que de su liberalidad recibimos en esta

vida , y de los incomparablemente mayores que esperamos recibir en la otra , y todos nos vienen de aquel benéfico Monarca , que puede , y quiere premiar como quien es á qualquiera que le ame de corazon. Finalmente es accion muy deleytable ; porque el amor en sí , y por sí es un afecto que contiene delectacion , y especialmente quando mira á un objeto que no puede , no digámos encontrarle , pero ni aun imaginarse mas amable , y mas hermoso. Al contrario , puede ser útil una accion , sin que se halle en ella delectacion , ni honestidad , ó puede tambien ser deleytable , sin que sea honesta , ni útil , y así discutiendo por las demas : ni son necesarios exemplos , porque á cada uno es muy fácil el encontrarlos. Ahora veremos advertir que por bien honesto entendemos aquí todo aquello que de la manera posible intenta la imitacion de Dios , y es conforme al orden que Dios ha querido , y quiere para la universal felicidad de los hombres. Por bien útil entendemos , y significamos aquello que es medio , ó instrumento para conseguir alguna alegría , y placer , ó para librarnos de algun mal , y dolor. Tales son los bienes permanentes , el dinero , los grados , ó empleos honoríficos , el tener hijos , criados , &c. Ultimamente llamamos bien deleytable todo aquello que puede causarnos algun gozo , placer , y contento , como comunmente lo causa el comer , el beber , el aprender buenas noticias , &c. Además de esto debemos considerar que entre los bienes honestos hay algunos tan recomendables , y bellos , que poseidos traen á sus dueños muchas alabanzas , y elogios , y les hacen esperar un gran premio del mismo Dios : estos consisten precisamente en los actos , y exercicio de las virtudes , que el mismo Dios nos prescribe , y señala , y en buena parte nos enseña la Filosofía de que tratamos ahora. Hállanse tambien otros bienes honestos , que no tienen parentesco con la virtud , pero son hijos de la misma naturaleza humana , y tales que no se oponen á la Ley Divina , ni á la humana ; y bien que estos , ni merezcan alabanza , ni premio,

mio , tampoco deben ser vituperados : estos consisten en aquellas acciones que se llaman *indiferentes* , como el dormir , el cantar , el estudiar , pasear , trabajar , &c.

§. II.

PAsemos ahora á la eleccion de estos bienes : ¡O! aquí sí que el sabio debe abrir los ojos cuidadosamente para no engañarse! Pero con todo encontramos muy frecuentes estos engaños en nosotros mismos , aun mejor que en los otros , que provienen por lo comun , ó de nuestra ignorancia , ó de nuestro descuido , ó negligencia. Lo que no puede negarse es , que en todo quanto obramos , y deseamos , buscamos únicamente aquel grande , ó pequeño trozo de felicidad , que es el primer móvil . ó primera rueda de la voluntad humana ; y este mi dictámen sobre este punto es el que tienen los hombres todos , sean ignorantes , ó sean sabios. Pero al mismo tiempo es certísimo , que el bien honesto es el que consiste en la virtud , y acciones virtuosas , y en otras indiferentes tambien buenas : los demas bienes , ó sean útiles , ó deleytables , pueden no solamente privarnos de la buena armonia , y amistad de Dios , mas tambien ser males muy perniciosos para nosotros , á causa de las malas conseqüencias que trae consigo. Asimismo es igualmente cierto que nosotros muchas veces por no pesar con exáctitud estos bienes , dexándonos arrastrar de nuestras fogosas pasiones , perdemos la felicidad , y aun llegamos á ser infelices , que es el término , y camino opuesto á nuestros quotidianos deseos. Estos engaños los reduzco á pocas clases , bien que son muchas las que pudieran referirse. La primera es de aquellos que aprecian mas un gusto presente , y nuevo , aunque sea pequeño , que otros mayores , ó deseados , ó actualmente poseidos. Este es uno de los yerros mas comunes en que incurrimos los hombres : basta que nos acomode el gozar de un bien deleytable , ó provechoso , aunque sea pequeño , con tal que lo tengamos á

la mano , y que podamos lograrle sin mucha fatiga , para que corramos á él con ansia , sin reflexionar si por lograr este bien , perderémos acaso otro mayor , mas apetecible , mas seguro , y permanente , del qual , ó nos hallamos en posesion , ó deseamos con ansia conseguir. La presencia de aquel objeto , y la felicidad de gozarlo , unidos al desasosiego , é inquietud , que en nosotros mueven el apetito , y la pasion , en la hora que queremos abstenernos de aquel placer , hacen tal esfuerzo en nuestro interior , y especialmente en nuestra fantasia , que venimos á determinar resueltamente el obrar en aquel caso , y satisfacer nuestro apetito. No dexa de gritarnos la razon , diciéndonos con voz penetrante , aunque muda : Esta resolucion te costará bien cara , porque abrazando ahora este pequeño bien , aunque deleytable , perderás otro mayor , que , ó ya posees , ó aunque te parezca que está distante , merece sin embargo mas que este el ser deseado , y que le busques con todo esfuerzo. Así habla interiormente la razon ; pero no importa , porque en aquel bien mayor no se piensa , ó si se piensa en él , lo achica , y disminuye mucho la pasion : dúdase si es tal , y tan grande como se nos propone ; ó finalmente se imagina el hombre de poder hallar modo de conservar , ó conseguir aquel grande bien , despues de haber gozado este otro menor. El buen nombre , ó de persona sabia , y prudente , ó de caballero de honor , de fiel mercader , ó de hombre de conciencia delicada , ó de Religioso observante , &c. cierto que es un bien de grande importancia entre los bienes de la tierra : poco juicio tiene el que no los desease , y el que los despreciase puede llamarse loco absolutamente. Pero quantas veces por no perder un interés pequeño , ó un actual gusto , aunque breve , y pasajero , por satisfacer un capricho ridículo , por no saber dar á los apetitos una negativa , se expone el hombre á peligro de perder todo el precioso capital de su reputacion , que cuesta tanto el adquirirlo , y tan poco el perderlo?

S. III.

EL segundo engaño consiste en aficionarse, y enamorarse tan ciegamente de algun bien presente, util, ó deleytable, y querer gozarle, y poseerle, sin reflexionar, ni considerar las conseqüencias que de aquí se pueden seguir; esto es, á los males, y dolores que puede causar. Sucede cada dia á todos aquellos que caen en manos de la justicia por sus graves delitos; si antes que estos hombres se determinasen á hacer suya la hacienda ajena sin gasto, ni fatiga, ó á desfogar su luxuria en escandalosos amancebamientos, y con notable injuria de otros, ó á juntarse á todas horas á solazarse en el brutal convite de hosterías, y tabernas: si antes de todo esto, como lo pide la razon, hubieran dado una ligera ojeada, para ver los frutos abominables que podian cogerse de aquel bien util, y deleytable; acaso no blasfemarian ahora de la justicia, ni llorarian su pobreza, y desgracia. No se engañan ciertamente los grandes comedores, y bebedores en creer que experimentan algun placer presente, quando han satisfecho sus apetitos brutales; pero se engañan miserablemente en no considerar, y reflexionar los perniciosos efectos, no solo como posibles, pero casi inevitables, que causan aquellos momentaneos placeres. Vendrán despues los dolores, y enfermedades, que estan preparados para estos cazadores de bestiales gustos, y vendrán ciertamente, no como de paso, si bien para mucho tiempo; vendrá la pobreza, las enfermedades, las prisiones, el concurso de acreedores, y vendrán otros muchos trabajos, y arrepentimientos; y entonces se verá claramente que es mucho mayor el mal que dura, y permanece por tanto tiempo, que aquel bien deleytable que pasó como relámpago. El hombre sabio en todas sus obras, y antes de emprenderlas, hace un diligente exámen del placer que le ofrece la concupiscencia, y del disgusto excesivo, que por

lo

lo comun suele acompañar á las obras que reprueba la misma razon. No necesita mas para que viendo aquel bien tan fecundo de males, se abstenga de ilícitas acciones: si esto no obstante quisieren los locos hacer semejante contrato, en su mano está el hacerlo. Consiste el tercer engaño en que los hombres quieren muchas veces sufrir, y padecer grandes males por conseguir un pequeño bien, ó un gusto muy breve ¿Qué no trabajan algunos, sin cesar dia, ni noche, para dar un asalto, y rendir una honestidad, que justamente se quiere defender? ¿Qué de inquietudes, y sobresaltos no se advierten en otros, que ni reparan en peligros, ni en excesivos gastos por sostener un puntillo, ó un pique, por efectuar una venganza, por satisfacer un capricho de la fantasía? Que los mortales quando aprenden un gran bien verdadero, y asequible, y aprobado por la recta razon se expongan á padecer dilatados, y penosos trabajos para conseguirlo, es muy bien hecho, y muchas veces será su trabajo digno de alabanza, y tienen una justa excusa; porque en este tráfico interviene la prudencia, y serán bien empleadas, y aun recompensadas sus fatigas, quando logren lo que deseaban. ¿Pero que alguno se quiebre la cabeza desgraciadamente, y quiera malograr su hacienda, su salud, la quietud de su ánimo, cargando con tantos trabajos, por un bien soñado, ligero, y transitorio! ¿Donde está el juicio? Mas con todo, ¿qué no hace, y sabe hacer la fantasía, quando una fuerte pasion la mueve, y excita? Ella engrandece los objetos y pone en movimiento todo el hombre interior ácia la parte donde se inclina; porque si le da crédito, quando se ha logrado el bien que ella representa, se tiene en poco la bienaventuranza; y aunque el anteojo por donde se registra el bien sea tan falso, con todo caminan ácia allí viento en popa nuestros deseos; y tanto mas empuntan, y se empeñan algunas duras cabezas, quanto son mayores los obstáculos, y dificultades que encuentran. O! si quieta, y pausadamente se exámina-

sen

sen antes de executarse muchas de nuestras dañosas, y ridículas acciones, ó por lo menos quando nuestra razon está dormida, se consultase, y escuchase la de los prudentes, y sabios amigos; ¿quántos engaños evitaríamos, de quántos arrepentimientos nos excusaríamos mientras vivimos en este mundo.

§. IV.

AUN mas extraño que los referidos parecerá el quarto engaño. Este es de aquellos, que dexándose dominar de la pasion, obran sin deleyte alguno, ántes bien con afán, y trabajo por conseguir un fin, del qual ningun gusto se puede sacar, y solamente puede producir un grave daño y dolor. Contemplad en la pasion de los zelos, que es una de las mas turbulentas, y crueles á que está sujeto el hombre. No porque el zeloso no busque tambien en sus dolores movimientos algun bien imaginado. El objeto por quien tiene los zelos es su objeto amado: este es un bien que él quiere para sí solo, y no quisiera que otro se lo arrebatará. En los casados entra tambien el punto del honor. Aun diré algo mas: no será alguna vez vituperable en los casados prudentes una tal qual, pero discreta dosis de esta pasion; ántes podrá ser una virtud civil, no ciertamente para que du- de de la fidelidad de su consorte, si bien para evitar el peligro de poder dudar en adelante. Si á esta, que no es otra cosa que una discreta vigilancia, que ni trae consigo afán, ni perturba el espíritu, y solamente se dirige al bien, y á la defensa de quien por su debilidad puede necesitarla, se le quisiese llamar zelosía, ó zelos, esto me importa poco. Lo que no tiene duda es, que por lo comun no para aquí esta maligna pasion, ántes ocupa de tal modo la fantasia, que viene á ser como una lima sorda, y un terrible azote para el que la tiene. No conoce el zeloso que con las dudas, sombras, y sospechas que rodean su corazon como tantas espinas, y le ha-

hacen muchas veces prorumpir en locuras, él va buscando siempre un secreto, que si lo llega á descubrir, arruinará tal vez su imaginada felicidad. Es tambien esta una pasion sorda, cuya polilla puede llegar á desconcertar la razon, y la cabeza. Pobre de aquel en quien se halla bien arraygada: no bastan las mas vivas, y afectuosas protestas de fidelidad la mas constante, para que se desengañe, y aquiete: siempre se teme que le engañen. Una ojeada, una palabra, un gesto, bastan para atormentarlo. Si la persona á quien ama se le presenta de buen humor, y contenta, piensa este verdugo de sí propio, que aquella no piensa en él, sino en otro: si está melancólica, juzga que es el otro la causa. ¿Y qué fruto al fin se saca de todo esto? Que el zeloso, no buscando otra cosa que el ser amado de aquella persona por quien tanto teme, y de quien tanto se rezela, hace incautamente quanto puede para no ser amado, ó por mejor decir, para ser aborrecido. Lo que dexamos dicho de la pasion de los zelos, se debe con proporcion aplicar al envidioso. Sin que este logre fruto alguno, puede la envidia lastimar, y maltratar su corazon cruelísimamente; y puede tambien inducirle, y aconsejarle para que haga malas, y viles acciones. El indignarse contra los malos, perversos, é indignos, quando estos se hallan colmados de felicidades, y se hallan exáltados, imperando á los buenos, y dignos, puede ser una pasion laudable, y justa; pero si esta indignacion pueda llamarse envidia pura, y nada venenosa, es una duda que no me atrevo á desatarla. Asimismo; el que haya una emulacion; esto es, un movimiento impulsivo para desear los bienes que se miran en otro, ú otros, y enriquecerse á sí propio, sin que este desseo pase á querer despojar al próximo de sus propios bienes, tambien esta podrá ser una pasion honesta, y racional, con tal que la emulacion sea de bienes honestos, y no de acciones malas, contrarias á la razon, y justicia. Si esta emulacion, así entendida, y explicada pueda, ó no llamarse una envidia templada, y moderada

por la razon , tampoco lo decidiré ; porque así de la indignacion tocada arriba , como de esta emulacion de que hablamos ahora , tenemos ideas diversas de la de la envidia , que siempre es una maligna pasion ; porque siempre es enemiga de la agena felicidad , ó por decirlo mejor , de la caridad civil. Cierito que el dolerse , y enristecerse porque sea feliz el próximo , y como que nos ha robado aquel bien que posee , es clara señal de un ánimo baxo , y vil , y de un maligno corazon. Y á la verdad ; qué fruto , ó qué provecho saca de esto el envidioso ? Solamente descubre un gran deseo de ser mas , y mas infelíz , quando no contento con sus males propios , busca verdugos que le atormenten en los bienes agenos. Entre tanto el que es feliz , y dichoso , oye con gusto que le cantan aquel proverbio : *Mas vale ser envidiado , que compadecido*. Bien tendria que hacer el que se tomase el trabajo de registrar todos los casos en que los hombres hacemos los mayores esfuerzos para conseguir un bien imaginado , que al fin viene á ser un mal verdadero. Pero el mayor de todos los engaños , puede , y debe decirse el de un christianó , que tanto afana , y trabaja , y tanto bate aun los caminos de la iniquidad para lograr aquí en la tierra una felicidad breve , y á las veces soñada , sin que le merezca el menor cuidado , ni atencion la suma , y eterna felicidad que esperamos despues de un puñado de dias , que incluye la mas dilatada vida ; antes bien grangea con su mala vida la infelicidad eterna. Si estamos persuadidos , segun nos lo enseña nuestra Santa Religion , infalible , y Divina , que Dios , para dar mayor fuerza á sus Leyes Santas , intimadas , y propuestas á los hombres que viven sobre la tierra , tiene preparados , y dispuestos premios eternos , y eternos castigos , aquellos para los buenos , estos para los malos : si estámos persuadidos de esta verdad , debemos estarlo tambien de que este negocio es de tanta importancia , que escogiendo nosotros el mal camino de una vida desarrreglada , y perversa , y anteponiéndola á la

vi-

vida honesta , y christiana , vendremos á caer en el abismo de la eterna miseria , privándonos para siempre jamas de aquel bienaventurado Reyno de Dios : siendo esto así , como lo es en la realidad , es forzoso confesar una de estas dos cosas , ó que somos locos rematados , ó que verdaderamente no creemos lo que profesamos que creemos. El peligro remoto solamente de poder incurrir en el abismo de los mayores males , y de perder los mayores bienes , deberia bastar para contenernos , y no apartarnos un punto del camino recto. Uno de los mas visibles despropósitos del humano entendimiento es sin duda el no conocer desde luego , y á la primera ojeada el partido que debe tomar el que suspira , y anhela por ser feliz , y no infelíz. Puede suceder , y sucede por lo comun , que los buenos aun en esta vida logren un estado envidiable ; porque de ordinario suele ser aquí en este triste valle mucho mejor la suerte del que justamente vive ; y no les faltará por cierto , no les faltará una recompensa incomparablemente mejor en el pais de la eterna felicidad. Nuestro Dios no puede mentir : al contrario , el que camina por las extraviadas sendas del pecado , rara vez goza paz , y contento en este mundo ; y si por su desgracia puede llegar tambien , y llega á probar los horribles castigos , é inmensos males que estan preparados á los que desprecian los preceptos de Dios , y sus santas Leyes ; cómo hay quien se atreva á preferir una mala vida acompañada del riesgo de incurrir en tan terribles penas , á la vida santa , y bienaventurada , seguida de la dulce esperanza de conseguir la felicidad eterna ?

§. V.

EN estos , y otros mil engaños caen los mal aconsejados mortales , por no querer aplicarse á estudiar con aficion verdadera los caminos derechos de la sabiduria , y por dexarse llevar á ojos cerrados de la mala

F 2

cos-

costumbre de las villanas pasiones, del mal exemplo, y de los falsos juicios. Una de nuestras mas familiares, e importantes aplicaciones, debe ser el regular bien nuestro amor propio, y no permitirle que á ciegas elija qualquier bien que se le proponga; sin que primero examine con todo cuidado, y atencion la calidad, y consecuencias de aquel bien. Así lo practican los mercaderes diestros, y sabios en la eleccion, y tráfico de sus géneros: con mucha mas razon lo debemos practicar así en lo que mira á nuestra verdadera, ó falsa felicidad. Por esto es muy necesario elegir, y prefixarse algunas máximas, y concertar nuestras acciones, y elecciones con ellas. Primeramente se ha de tener por cierto, que todos aquellos placeres, y gustos, que pueden enflaquecer, obscurecer, y abatir el uso de nuestra razon, ni son bienes verdaderos, ni verdaderos placeres, y gustos. Son ciertamente males con apariencia, y máscara de bien. En segundo lugar, todos los placeres, y bienes que tiran á disminuir, ó á destruir del todo la salud del cuerpo, no son placeres, ni gustos verdaderos, deben llamarse positivos males; porque son causa de muchos arrepentimientos, y dolores. Lo tercero, todos aquellos gustos, y complacencias, que nos hacen caer en desgracia, de quien nos puede hacer felices eternamente, ni son bienes, ni son placeres, sino verdaderísimos males. Finalmente, sea una accion útil, y deleytable quanto quiera, y pueda, no podrá ser un verdadero bien para el hombre, quando no sea honesta juntamente; es decir quando no tenga aquel justo valor que nos la haga ver aprobada, ó por lo menos no desaprobada por Dios, y por los sabios en comun: si esto no tiene, podrá causarnos el mal tarde, ó temprano, y su amargura jamas podrá compensarse por aquel escaso dulce que probamos antes. Nosotros no podemos ciertamente dexar de buscar lo que nos causa placer, y gusto, ó pueda servirnos de instrumento, y medio para causárnoslo; pero es necesario cautelarnos, y caminar con re-

celo, quando se trata de todos los bienes deleytables, y sensitivos, porque acaso no serán honestos, y esto basta para que huya de ellos el hombre sabio: acaso no serán útiles, antes bien podrán causarnos un daño grave: con que vendrán á ser una mercancía, de que debemos huir; y principalmente debemos andar con cuidado con los placeres de la gula, y el tacto. Estos, con tal que sean licitos, y se tomen con la debida moderacion, no dañarán por lo comun; pero todo exceso en estos placeres, tarde, ó temprano, traerán tras de sí males muy fastidiosos, y mucho mas quando sean contrarios á la Ley de Dios. El que ama de veras á este Señor se ama como debe á sí propio, á su sanidad, y quietud, y no ha perdido el juicio; presto vuelve en sí, y reflexiona diciendo en su interior; este no es buen camino para llegar á ser feliz, podré alegrarme, y gozarme por un poco de tiempo; pero este gozo me costará despues muy caro. Asimismo es necesario volver los ojos á los graves desconciertos de la ira, del odio, y de la venganza, y de las obstinadas contiendas, hijas legítimas de nuestra soberbia, como tambien de la fastidiosa vanidad, del juego, en que se consumen los patrimonios. El que tiene un poco de juicio, dice luego al punto: esto no es util para mí, no me acarrea algun bien: este es el camino que conduce derechamente á la infelicidad. En suma, no basta el decir yo tendré gusto en esto, utilidad en estotro; porque hay muchos bienes, que lo son únicamente en la apariencia, pero son males en la substancia; y quando no sean males inmediatamente, lo son con el tiempo, pero insoportables. Santo es el matrimonio, laudable el deseo del que quiere elegir este estado, y de él proviene una bella serie de mutuos gozos, y comodidades, quando la concordia, la caridad, y la prudencia hacen, para explicarme así, de dos almas una alma sola. Pero no sucede así en ciertos matrimonios, en que á primera vista pareció haber sido la fortuna la casamentera, y que podia causar envidia. Buscad aho-

ra la causa. Juzgó aquel desgraciado esposo, antes de embarcarse, si aquel idolo, que adoraba entonces, traia consigo en dote las buenas costumbres, un juicio bien sentido, y buenas inclinaciones? Se le olvidó sin duda esta partida tan buena como necesaria, y le pareció que lo suplía todo su rara hermosura, ó su nobleza, ó la esperanza de una herencia quantiosa; pues acaso este bien, solamente imaginado, vendrá á ser un mal verdadero. Y aquella tal señorita, que al ver la gala, y bizarría, y las amorosas ardientes ojeadas de aquel otro joven, se encaprichó tan tenazmente, que determinó no admitir otro para su esposo, y compañero: si antes de esta determinación hubiese considerado, como debía hacerlo, el fruto que podia esperar de una cabezuela vana, orgullosa, y veletera, no estaría ahora haciendo una larga, y penosa penitencia, por no haber antes considerado lo que entonces hizo. Por esto se debe mirar lo presente con mucho cuidado; pero aun con mucho mas lo sucesivo. Siempre que se prevea que lo que al presente es util, ó deleytable, puede en lo por venir causar daño, y dolor, como sucede por lo comun á quien obra solo aconsejado de la passion, llevado de alguna exterior brillantez que le presenta su fantasía, y no la recta razon; en tal caso será la eleccion de aquel bien poco juiciosa, y desgraciada; y á la verdad ¿quién, que no sea un loco, escogerá de presente un bien, que en breve tiempo se convertirá en un mal, y le ha de causar arrepentimiento, y dolor? Pero los enamorados (es forzoso decirlo) no lo conocen, porque están ciegos. Puede ser que obrando así encuentren algun bien; pero mas facilmente tropezarán con el mal. Muy debil ha puesto su juicio, si es que no los ha privado de él absolutamente la passion dominante. Antes de dar lugar á esta, se ha de pensar seria, y pausadamente el genio, y mérito de las personas, y sus costumbres buenas, ó malas. Practicado esto, si tiene cuenta, podrá pasarse al trato, y comunicacion mas estrecha, y podrán disculparse algu-

nas amorosas expresiones, pero siempre dentro de los límites de lo justo, y honesto, á un sugeto, que prudentemente se cree que podrá contribuir á formar, ó aumentar nuestra felicidad.

S. VI.

ES necesario finalmente hacer bien las cuentas, como los prácticos, y diestros Mercaderes, considerando no solamente el bien presente, mas tambien el que está por venir, para en su vista escoger el que trae mayores ventajas. El que tiene poco juicio solamente piensa al dia de hoy; y con tal que no se le escape un placer, ó una ganancia, que hoy tiene, poco le importa el perder otras mayores, que le podrian venir con el tiempo, y que va á perder por decontado. Al contrario, el hombre sabio desecha de sí toda ganancia, y placer presente, quando este le impida, ó pueda impedir el logro de una fortuna, no digo cierta, pero aun probablemente mas ventajosa; por tanto dice este: *Bien perdido es un anzuelo por coger un buen salmon: bueno es lo bueno; pero lo mejor se ha de llevar el triunfo*: lo que se entiende quando lo mejor es esequible; por lo que conviene tambien guardarse del vano consejo de algunos, que no se cuidan de conseguir lo bueno, quando no pueden lograr lo mejor, verificándose en este caso otro proverbio, que dice: *Alguna vez lo mejor, es un grande enemigo de lo bueno*. Es cierto, que para adquirir el bien honesto, y especialmente si es de aquellos mas relevantes para pasar esta vida, se han de sufrir trabajos, tolerar afañes, y padecer fatigosas penas. Pero acaso no se hallan recompensados estos sudores con la posesion de otros mayores placeres, y mas quando sean puros, y permanentes? Y esto ¿con cuánta mas razon se podrá decir á los que padecen, y se fatigan para conseguir la felicidad eterna? Por esto el Apostol proponia á los Christianos el exemplo de los que corren, y luchan en público tea-

tro, los quales se abstienen cuidadosamente de ciertos placeres por el deseo, y la esperanza de conseguir una corruptible corona: ¡tanto estimaban ellos aquel honor! ¿pues cuánto mayores esfuerzos deberán hacer los discípulos de Jesu-Christo para conseguir una corona, ó un Reyno felicísimo, y de tanta duracion, que jamas se acabará?

CAPITULO XXXI.

Del buen régimen en aborrecer los males, y de la fortaleza.

§. I.

SEA, pues, el hombre á toda prueba sabio, y prudente: procure con quanta diligencia le es posible satisfacer, y aquietar los deseos de su corazon: trabaje con todo su esfuerzo para conseguir en este mundo la quietud, y tranquilidad de su ánimo: derrame sobre él la Divina Providencia abundantísimos bienes, y terreas comodidades; con todo no llegará en este triste valle á ser feliz perfectamente. Poco he dicho. Deberá mas bien esperar de quando en quando trabajos, afañes, disgustos, y peligros. Estos son los regalos que tiene mas á mano para sus moradores este mundo miserable: este es el caliz que ha de beber tarde, ó temprano, qualquiera que habitase en él mucho tiempo. Venga uno de los mortales, que hasta aquí haya vivido, y gozado de la exención de esta ley, que yo le prometo de manifestarlo á todo el mundo, como un prodigio muy raro. Sea, pues, bendito el Sapientísimo Autor de todo lo criado; el qual, para que no nos enamorásemos demasiado de este destierro, antes bien suspirásemos, y deseásemos con ansia aquella Celestial Jerusalem, verdadera patria nuestra; en cuyo hermoso recinto, y no en otra parte alguna, está nuestra felicidad mas dichosa, ha mezclado con los terrenos bie-

nes,

nes, algunos males, capaces de tenernos alerta, y llevarnos con su aspereza á buscar, y amar solamente aquel Señor, que es el sumo bien, y nuestro último fin. A cuántos trabajos, y dolores esté sujeto nuestro cuerpo, ninguno hay que lo ignore, ó por haberlo experimentado en sí mismo, ó por verlo cada dia en otros. Interminable puede llamarse la lista de los otros males, que sin cebarse, ni tocar al cuerpo, pueden angustiar, y afligir el ánimo. Parecerá acaso que toda la amargura de las tribulaciones se reduce, y recopila precisamente en el que se halla acosado, y maltratado de una suma pobreza, afligido de enfermedades largas, y penosas, encerrado en obscuras cárceles, brumado con injuriosas calumnias, y persecuciones; y finalmente oprimido de otros muchos, y graves males; y que entre tanto se alegran, y solazan otros, á quienes nada les falta en esta vida, porque tienen salud robusta, honores, hacienda, y todo con abundancia: todo es falso, todo es falso. Tambien en esta clase de gentes, que á primera vista parece la mas favorecida de la fortuna, si lo observaseis atentamente, hallareis que sabe entrarse la polilla de los disgustos, y aflicciones, ó bien sea porque la mucha hacienda jamas se encuentra separada de afañes, cuidados, y fatigas, ó porque alguna discordia doméstica, algun hijo inquieto, y revoltoso, algun pariente loco, y desatinado, unos zelos mal fundados, un ruidoso, y costoso pleyto, ú otros accidentes de esta casta, todo lo inquietan, todo lo perturban. Lo que mas debe extrañarse es, que á la mayor parte de aquella gente, que se juzga por lo comun la mas afortunada, y feliz, por contemplarla mas separada de los afañes, y vavayanes del mundo, recogida en el recinto de un claustro, entregada á los ejercicios de la devocion, y piedad christiana, á esta clase de gentes, decia, no se necesita alguna vez mucha dosis de axenjos para convertir su imaginada dulzura en amargos disgustos, y cubrir su corazon de melancólicos tristes afectos. Basta para esto una

res-

respuesta incivil, y desabrida, una leve injuria, una correccion algo alterada, un cuentecillo, una desatención, una fatulla que haya hecho él mismo: cada cosa de estas suele ser suficiente para llenar de amargura sus corazones, y excitar en ellos una tempestad de ira, de humores biliosos, de acedos disgustos, nada inferior á la que padecen los mas infelices, y desdichados. Finalmente nosotros llamamos valle de lágrimas á este mundo, pues todos lo hemos de probar, y confesarlo tarde, ó temprano.

§. II.

Ahora bien, el hombre sabio necesita aquí de antidoto, y de remedio, y por tanto, contra qualquier asalto de las desgracias humanas, se arma, y previene de dos maneras: ó se presenta á ellas con valor, y animosidad, para en quanto sea posible, apartarlas de sí, ó quando no puede evitarlas, las sufre, y soporta con resignacion esforzada; de manera, que aunque su ánimo, y espíritu sienta el dolor de las espinas, que le punzan, como puede sentir las otro qualquiera; con todo, no se encoge, no se acobarda, como suelen hacer las almas baxas, y tímidas, que solo saben contraponer lágrimas, suspiros, y sollozos á los males, que las acometen, y afligen; antes bien miran los males, y trabajos con ojos alentados, é intrépidos, y en cierta manera, como que los desafían, y endurecen con ellos, y contra ellos, guardando siempre su tranquilidad, dignidad, y grandeza de ánimo en su debido punto. Los Filósofos llaman fortaleza á esta virtud, virtud principalísima, y muy necesaria para quien ha de morar en el pais de los trabajos, y miserias: las virtudes que nosotros llamamos paciencia, y constancia no son otra cosa que diversos modos de obrar de la fortaleza, la qual écha fuera el temor, y la pusilanimidad, quando vienen los peligros, y resiste á los males para evitarlos, inspirando valor, y ánimo, quando se trata de sufrir los que han

han venido. Y siendo el mas terrible de los males la muerte, nunca resplandece, y campea mas esta virtud, que quando se encuentra con los peligros de este mayor mal, ó quando sufre el fatal inevitable golpe de este mal inexorable, si la necesidad lo requiere. Quántos, y quán magníficos elogios haya dado la antigüedad, y aun se dan el día de hoy, á quien en la guerra se señala, y distingue en el valor, ó fortaleza militar, con tal que no sea temerario, ni se roze con lo brutal, é injusto, no hay necesidad de que yo lo refiera aquí. La defensa de su Rey, y de su patria es cosa muy importante, y verdaderamente honesta. El exponerse por ella á los peligros, á las heridas, y si fuera menester el dar la vida por ella, puede consiguientemente llegar á ser un acto de generosa virtud. Es ciertamente interés comun del público el colmar de alabanzas por lo menos (ya que no se usan las coronas de los antiguos) á todos aquellos que con mayor valor, y esfuerzo resisten á los enemigos públicos, é injustos, ó se presentan, si así lo pide la razon, en el campo, ó en una brecha para dar el asalto. No pasan de aquí mis reflexiones sobre esta materia, considerando que podrá tropezar en varias dificultades en orden á las guerras de los tiempos pasados, y presentes; y que pueden saltar diversas condiciones, sin las quales no les está prometida una verdadera gloria á profesores de la milicia. Juzgo tambien que no me tiene cuenta el entrar con los guerreros en batalla, porque no gusto de tener que hacer con enemigos, que en vez de la pluma, menean las manos, y la espada.

§. III.

UNA otra especie de heroica fortaleza es la de aquellos Santos, y esforzados christianos, que en varios tiempos, pero principalmente en aquellos tres siglos primeros de la Iglesia santa con admirable intrepidez, y constancia sacrificaron su propia vida á la violencia de muchos,

chos, y crueles tormentos, antes que abandonar la immaculada Fe de Jesu-Christo. O! esta si que fué perfecta virtud, digna de aquellos continuados honores, y panegíricos, que la misma Iglesia paga todos los años á estos campeones gloriosos. El sufrir tormentos los mas crueles, y despues la muerte misma con tanto valor, y constancia, por una causa tan justa, con mansedumbre tan admirable, sin que la ira, ó el espíritu de venganza se dexase ver aun en la menor seña, ó accion: esta es ciertamente la idea mas noble de un ánimo el mas esforzado, y generoso que pueda imaginarse. Y qualquiera que aun el día de hoy sufriese semejantes penas, y diese francamente su vida, antes que cometer una culpa, ó practicar una accion contraria, y reprobada por nuestra santa ley, sería tenido (¿quién lo duda?) como un héroe de excelente fortaleza en el mundo, y mucho mas en el Reyno glorioso de los Cielos. Pero nosotros no somos dignos de la suerte dichosa de aquellos primeros, siendo muy rara hoy la de los segundos. Por tanto, será mejor que pasemos sin tardanza á tratar de aquella especie de fortaleza, que dexamos dicho arriba llamarse paciencia, puesto que hay tantas ocasiones de exercitarla, y ninguno habrá que pueda lisonjearse de no tener necesidad de ella mientras vive entre mortales. Si yo quisiera aquí poner por extenso el catálogo de tantos dolores, y enfermedades, que pueden atormentar nuestro cuerpo: si intentase referir otras muchas causas que pueden atormentar, inquietar, y lastimar nuestro espíritu, molestaria á mí mismo, y á quien quisiese leerlo. Bien notorio es el recibimiento que solemos hacer todos á estos males indiscretos, y sin crianza, los quales, uno despues de otro, ó muchos á un tiempo se nos entran por nuestra casa, y no aciertan con la puerta para salir de ella. Unas veces, atemorizados con su vista, perdemos toda nuestra alegría, y aun el habla, y nuestro corazon cae desmayado en tierra: otras, transportados de la ira, y enojo, prorumpimos en ímpetus furio-

riosos: otras saltando nuestra lengua, llenamos el ayre de quejas, y lamentos, y rebosando por los ojos un copioso llanto, queremos informar á todos de nuestras desgracias, y trabajos, y de la gran repugnancia con que sufrimos aquellas penas, quejándonos amargamente de la injuria que nos hace, ó la naturaleza, ó los mismos hombres.

§. IV.

DE estas tres suertes de personas, que se hallan afligidas, y atribuladas, la peor, y mas peligrosa es la primera. Sucederá que alguno, cayendo del alto al baxo estado, ó de la gracia de su Soberano, que le concediaba tanto respeto, y no menos regalo, y acaso era por ella temido de muchos, ó bien se vea lleno de eronomia, é infamia, y encerrado en una carcel obscura, y hedionda: sucederá, decia, que este, abandonándose al dolor, y tristeza, y quedando como mudo, y abortio, ni le hagan fuerza las razones, ni escuche á quien procura consolarle. Puede costarle la vida este abandono de sí propio, por la opresion, ó compresion de los espíritus animales, que sucede entonces, y por la fuerza que la fantasia tiene sobre las funciones vitales. Al contrario (es necesario atender á esto), quando se mueve, y levanta la ira en las atroces desgracias, estan los espíritus en movimiento vigoroso; y no hay que temer que por causa de esta fatalidad funesta pierda el hombre su vida. Pero pregunto ahora ¿se ahuyentarán los males, ó se haran menos molestos, y pesados con los extremos de abandonarse al dolor, y á la afliccion, ó con los lamentos continuados? No por cierto. ¿Pues de qué sirve el martirizarse tanto sin algun provecho? Por esto el hombre sabio en estas ocasiones tan desgraciadas, ó de tanta desgracia, pide auxilio á la Filosofía; pero con mayor conato á la que profesan los Christianos verdaderos. La razon grita al punto, diciendo á voces, que el no saber sufrir el mal es el mayor de los ma-

les; y que siempre que se pueda conservar la vida, que es el don mas precioso que nos ha dado Dios en este mundo, seria la mayor de las locuras el querer perderla por el demasiado afán, ó por dexarse oprimir de la tristeza, y dolor: perder en fin el mayor de los bienes, porque se ha perdido alguno de los menores, y mucho menor si es bien de los que llaman de fortuna comunmente. Quando se salva la vida, lo mejor de todo se salva. Estilpon, uno de los antiguos Filósofos, arrojado de su patria, perdida la muger, y los hijos, y despojado de toda su hacienda, se despedía con gran serenidad de todos, y decia: *todos mis bienes van conmigo*. Séneca alaba justamente á este Filósofo. Puede sin duda alguna el pesadísimo reciente golpe de una fiera desgracia aturdir, y aterrar el ánimo del hombre mas juicioso, y esforzado, de tal manera, que le cause fastidio la vida en aquel lance, y tendria por un regalo la muerte. Para reducir, pues, á su equilibrio, y sosiego quanto sea posible aquel ánimo perturbado, conviene considerar, y tener presentes dos remedios, que pueden ser, y son eficacisimos. El primero es el divertír, ó apartar el pensamiento á otra parte, si se puede. Muchos en vez de contemplar, y reflexionar mas, y mas en la desgracia que les ha sucedido, piensan, y piensan bien, que podia, y aun podrá sucederles peor. Se perdió una parte de la hacienda, pues podia haberse perdido toda. En aquella caída tocó la desgracia de romperse un solo brazo; pero quedó sin lesion la cabeza, y lo demas del cuerpo. Bella consolacion, dirá alguno, torciendo el hocico; pero no lo dirá así el hombre juicioso. Siempre fué, y siempre será prudencia el mirar las cosas humanas, que tienen dos caras, por aquella que puede causarnos consolacion, y alegría. El que no las mira sino es por la otra parte que solamente es capaz de mantener, ó aumentar en nosotros la pena, y el dolor, tiene vivos deseos de ser infeliz. Quando sucede la muerte de nuestros amados parientes, ó amigos, ó que por un pleyto, una quiebra

en

en el comercio se vea una dilatada familia pobre, y desolada, ó despojado aquel otro de un rico, y decoroso estado, ó quando una fiera calumnia entra á saquear el crédito de una persona honrada: en estos casos se imprime fuertemente en la fantasia esta triste desgracia; y queriendo ocupar toda el alma aquel fantasma melancólico, se ve esta como forzada, y obligada á pensar solo en él, dándole vueltas, y mas vueltas; y esto es lo que la atormenta, añadiendo llagas á llagas. El que en estos lances pudiese mudar de pais, haciendo un largo viage: ó bien divirtiéndose con buenos, é ingeniosos amigos, lograrse con su conversacion, ó de otro modo, distraer, y apartar su pensamiento de aquellos objetos desagradables, conseguirá sin duda quitar las puntas á las espinas que tanto hieren, y lastiman su alma.

§. V.

EN estos casos mas que nunca se debe tener cuenta con los efectos de nuestra fantasia, y de curar las opiniones que hay en ella; porque ademas de los males físicos, y reales, hay otros que causan, y dependen de las opiniones, á quienes nuestra imaginacion los hace mucho mayores. Hoy, por exemplo, no hálla consuelo un affigido, por la injusta pérdida de una dignidad decorosa, ó de un empleo de mucha ganancia, ó por una iniqua prepotencia, y superchería, ó porque la justicia ha castigado á un hijo con muerte afrentosa. ¿ En qué consiste que pasados algunos meses, ó un año, aquella desgracia, que nunca dexa de ser la misma, dexa de ser tan cruelmente atormentadora, y el que antes se juzgaba inconsolable por su causa, goza ya de una serenidad maravillosa? No es otro el motivo, sino que con el tiempo aquel fantasma igualmente triste que vivo, perdió aquel vigor primero, y succediéndole otros nuevos fantasmas no se presenta al alma con tanta frecuencia. An dando el tiempo se va dando audiencia á la razon, po

co

co á poco, y por ella se viene á conocer que aquella desgracia no merecia tantos llantos, tantas quejas, ni lamentos; y que aquel infortunio tan estrepitoso, y cruel, era una máquina fabricada principalmente sobre la imaginacion. Entonces se ve claramente, que sin el esplendor de aquella malograda dignidad, sin criados, ni vasallos á quien mandar, sin las arcas llenas de moneda, sin una mesa opulenta, y regalada, puede el hombre pasar alegre, y contento su vida; pues la naturaleza por sí, con poco se contenta para vestir, y comer. Tambien los pobres se alegran, y rien, comiendo muchas veces su escaso mantenimiento, sazonado por su apetito, con mas gusto que los ricos ahitos, tantos, y tan regalados manjares, dispuestos, y compuestos tan delicadamente; fuera de que el estado baxo, y humilde, está libre de infinitos cuidados que traen consigo siempre las muchas riquezas, y altas dignidades. ¿Quántos sabios vemos todos los días, que abandonando con desprecio la opulencia, y comodidad de sus casas, pisando, y no haciendo caso de los honores con que les brinda el mundo, eligen con grandeza de ánimo, y tienen por apetecible, y deliciosa aquella pobreza, y desprecio, que espanta, y pone miedo á otros muchos? Restablecida, y perfectamente curada la opinion, abatido aquel disforme fantasma, como que ya no se tiene, ni reputa por desgracia la que antes se lloraba como una inconsolable tragedia. Pero si la razon; acompañada del tiempo, es tan poderosa para sosegar el ánimo, y echar por tierra aquellos trágicos cadahalsos, que la imaginativa habia levantado; ¿cómo no podrá la razon sola, sin esperar á que el tiempo la añada fuerzas, dar á semejantes atribulados este mismo remedio? Sin duda que podría hacerlo. Pero es necesario, que pasados aquellos primeros impetus del dolor, que dificilmente se pueden evitar, el alma con resolucion, con quietud, y animosidad, escuche, ó busque las razones que pueden consolarla: basta querer buscarlas, que no dexar de haberlas.

las. Es necesario tambien el considerar que entonces se trata de un mal, que en tanto se rebela, y fortifica en nuestro interior, en quanto huye de las medicinas propias, y eficaces para curarle, quales son las ya mencionadas consideraciones. Pida, pues, el alma, ó intime una tregua al dolor, mientras piensa, y reflexiona si le tiene cuenta aquel tanto quejarse tan amargamente. Ni es esto solo lo que puede hacer el alma en estos casos, que por lo comun tienen su principio, y progresos en nuestra imaginacion: mas tambien puede intimar á su corazon una semejante intrepidez, y animosidad, diciéndole con imperiosa resolucion: *No quiero quejarme por ahora*. Si lo han practicado de este modo tantos otros que tenían juicio; ¿por qué ahora yo tambien no podré hacerlo? Si está en nuestra mano el mandar á nuestro corazon que tenga ánimo, y firmeza para dexar que nos arranquen una muela dañada, ó que nos corten una mano, ó un pie quando lo pide la necesidad; ¿quanto mas valdrá esta buena resolucion, quando se trata solamente de un mal, que todo está en nuestra aprehension: *Corazon fuerte, rompe la mala suerte*. Lo peor de las desgracias es el perder en ellas la voz de la razon, y los espíritus de nuestro corazon, de los que entonces tenemos mayor necesidad, y el perderlos por nuestra vileza, ó desatencion. Otras muchas razones nos han de dar socorro en otros muchos casos. Desterrado que se vea alguno de su amada patria, privado del trato, y conversacion de sus amigos, despojado de las comodidades de su casa, le parecerá acaso que se le cae acuestas una gran montaña. ¡Ah espíritu apocado, y mezquino, opinion falsa, y engañadora! ¿Se acabó ya el mundo por ventura? Todo pais puede ser patria nuestra. *Todo pais es patria para el hombre virtuoso*, dice un proverbio antiguo. El destierro mismo ha sido para muchas personas el principio de su fortuna: con que así no hay cosa como esforzarse, y ensanchar el ánimo, figurándose que en aquel tiempo del destierro fué destruida, ó por la guerra, ó por la peste,

ó por violentos terremotos, toda su hacienda, sus casas de campo, sus parientes, y amigos, y darle muchas gracias á Dios, porque habiéndonos dexado en libertad, nos concede con ella un retiro, y refugio para poder vivir, y habitar sobre la tierra. La privacion de la misma libertad, quando un hombre es encerrado en una obscura prision, ó en una penosa, y bárbara esclavitud, no obstante ser un mal de mucha importancia, y no menor miseria, con todo, jamas abate, y contrista al hombre sabio de tal manera, que le induzca á aborrecer su propia vida, ó á rendirse á las baterías de la melancolia, y desesperacion. Cierto que en estos casos no tiene libertad su cuerpo, pero no se le quita la del ánimo; por tanto, acordándose de lo que en semejantes lances padecieron otros, acaso mayores, y mejores que él, y tal vez inocentes, y que aquel es el tiempo, y ocasion mas oportuna de exercitar la virtud de la fortaleza, y de adorar la siempre justa voluntad de aquel Señor, que gobierna, y rige la suerte de los mortales, se esfuerza, y anima á sufrir, y padecer, y hace que renazca, y conserve en su corazon la esperanza de salir tarde, ó temprano de aquel estado infeliz, y trabajoso. ¿Pues que diré quando la muerte inexorable nos quita los amigos, y parientes, ó despoja á una rica familia del único heredero, bien criado ya, y gracioso? Aquí son los pasmos, aquí los lamentos. ¿Pero acaso no los hemos de seguir nosotros? ¿Y quien sabe si dentro de breve tiempo? Nacieron con esa triste pensión, y de esta ni tampoco nosotros podemos eximirnos. Ciertamente que nuestros llantos no les servirán de algun alivio; ántes bien habiendo ellos llegado á puerto seguro, como debemos esperar; ¿por que nos hemos de doler de su felicidad? ¿Faltarán por ventura herederos de sus riquezas, porque ha faltado aquel que era el fundamento de nuestras esperanzas? Después que el hombre ha pasado de este mundo al otro, ¿creemos acaso, que le importará mucho que se acabe aquí su familia, ó pa-

ren-

rentela, y que sean estos, ó los otros los que entren á gozar de sus bienes, de sus Estados, de sus Reynos? Cada uno sabe lo que á esto se responde; ¿pues para que es el permitir que por esto se quebrante, y aflija el corazon? En estos casos el hombre sabio se mantiene quieto, y tranquilo, y si tiene deseos de tener un hijo á quien dexar por heredero, ya que la naturaleza no se lo da, puede muy bien tomárselo por la adopción; pues los antiguos Romanos lo practicaron así, y acertaron muchas veces en su eleccion. Ni es necesario mucho para conocer quan vana sea la imaginacion de aquellos padres, que se creen sobrevivir en sus hijos. Con que no hay sino atender cuidadosamente lo que es opinión, é imaginacion, para prevenir, ó corregir los malos efectos que pueden causar. Y de hecho el hombre sabio no hace como los ignorantes, y necios, á quienes no se les cae de la boca el *no pensaba, no creía, no sabía*; ántes bien se acostumbra á considerar los males que pueden sobrevenir, trayendo á la memoria los miserables exemplos de los otros, y reflexionando los contratiempos, y desgracias á que está expuesta toda República, y qualquier particular de ella, y que á él mismo amenazan no menos que á los otros. Por tanto, nada le coge de nuevo, y á todo está dispuesto, y preparado. Grande ventaja es la de prever los golpes, porque así se prepara, y defiende el hombre lo mejor que puede.

§. VI.

REstan ahora aquellos males físicos, reales, y verdaderos, que ni dependen, ni tienen que ver con nuestra opinion. Así debemos llamar á los dolores que afligen nuestro cuerpo, y por fin la muerte del cuerpo mismo. Puede muy bien mandar el alma, como, y quando quiera, que no se sientan los fieros insultos de la gota, los que causa la piedra, la calentura, y otros de esta casta; pero se reirá aquel dolor de que lo mande el alma,

G 2

ma,

ma, y será forzoso el sentir aquellos crueles latidos, ó queriendo, ó no queriendo. Pero ya que este carnicero cruel no escucha proposiciones de paz; pide la prudencia que por lo menos en quanto sea posible se mitigue aquel dolor con el pensamiento, y la virtud puede mandar que se sufra con valerosa constancia, ó con humilde paciencia. Lo sé yo muy bien á qué gran prueba está puesta el alma, quando el cuerpo está metido en el crisol de la calamidad, y tormentos. Confieso tambien con Publio Mimo, que es cosa dificultosa el unir, y enlazar el dolor con la sabiduría. *Difficile est dolori convenire cum sapientia*. Con todo, el hombre sabio debe decirse muchas veces á sí mismo: Si este dolor es intolerable, despatcháremos presto, porque será breve; pero si se puede sufrir, ¿por qué no lo he de aguantar yo? El gemir, y gritar puede entonces ser lícito tambien; pero el alterarse demasiado, solo puede servir para que se irrite mas el dolor. Sobre este punto hacían los Estoicos elegantes verbosos discursos, y daban excelentes magníficos consejos para adiestrar las almas á sufrir los dolores, y aun la muerte misma. Por lo que á mí toca, tengo por seguro, que el mejor confortativo, y el mejor alivio debe esperarse de la única escuela de Jesu-Christo crucificado, de su doctrina, y exemplos, como tambien de los de sus Santos, y Mártires gloriosos, que pueden obrar con admirable energía en el corazon de un christiano, no solamente en estas, mas tambien en las otras calamidades, ó desgracias arriba mencionadas. Ya que no sabemos desengañarnos de lo que es propiamente el mundo, ni acertamos á poner, y fixar los ojos de nuestro corazon en solo Dios, que es nuestro último fin: ya que ninguna cosa es bastante para humillar nuestra soberbia arrogante, y rebelde, no se puede negar, que nuestro Padre Celestial nos hace mucho bien en enviarnos desengañados, y hacernos ver, y conocer lo que es nuestro cuerpo, á quien tan ciegameamente amamos, y para el que buscamos con ansia tantos gustos, y delicias; lo que es es-

ta

ta baxa morada, que nos lleva toda la atención, y á la que se dirigen nuestros cuidados, y afectos, sin levantar jamas la vista de nuestra alma ácia el Cielo, que es nuestra patria verdadera; y al fin para que conozcamos el flaco cimiento en que se funda nuestra orgullosa soberbia, y toda la fábrica de nuestras terrenas esperanzas. No solamente no habemos aun aprendido, pero ni estudiado la verdadera Filosofía. Sea, pues, bendito el Señor que nos la enseña. Por tanto, considerando que el azote con que nos castiga viene de la mano de quien nos ama, y que solo intenta hacer á los malos buenos, y á los buenos mejores, entendamos que entonces nos excita mas particularmente para reconocer, y adorar la mano podesosa de quien nos gobierna, que nos parece áspera, y dura, siendo en la realidad muy suave, y piadosa; y que el Señor observa por estos medios si estamos, ó no dispuestos á conformar nuestro querer con su santísima voluntad: quando esto suceda así, ved aquí que la fortaleza, y la santa paciencia toman posesion perfecta de las buenas almas, debiendo nosotros practicar, y amar estas virtudes, tanto mas afectuosamente, si ponemos los ojos de la consideracion en aquel Capitan Divino, que abrió el camino con su exemplo á los que se precian de ser sus discípulos, para sufrir con paciencia los trabajos. Si muchos de los Paganos con solo el auxilio de su defectuosa Filosofía supieron dar en sus males, y desventuras tantos exemplos de valor, y constancia, ¿quanto mayores, y mas excelentes deben esperarse de quien está bien instruido en la celestial Filosofía de los Christianos? La esperanza de las cosas eternas debe ser el único confortante de las acciones humanas, y debe tambien ser el fin de ellas. Y si acaso siguiese el dolor aumentando su acerbidad, pónganse al punto fixos los ojos en aquel inmenso premio, que está destinado á quien con Christo, y por amor suyo llevase con paciencia las aflicciones, y trabajos de esta vida, y con esto vendrá un admirable lenitivo á nuestros tormentos, y penas, y

Tom. II.

G3

aun

aun iremos á encontrar animosos la muerte misma. Por lo que toca á esta muerte, como que siento ahora una reprehension interna, por haber dicho así en general que la muerte es un mal verdadero, y real, en que no tiene parte alguna la opinion. Ello por decontado no es así en aquellos lances en que no la preceden angustias, y dolores; pues observamos, que la mayor parte de los hombres pasan aquel golfo con tranquilidad, y sosiego, y aun muchos sin que sientan que lo pasan. La demasiada exágeracion de algunos, y el representar vivamente otros la separation del cuerpo, y el alma, como una batalla insufrible, y penosa, y como el tiempo mas peligroso, y terrible, por serlo entonces de las tentaciones mas fuertes, todo esto conspira á representarnos, y á que miremos con espantoso temor el teatro, y fantasma de la muerte natural; pero á la prueba no es así. Se sale de este mundo sin sentirlo por lo comun, así como sucedió al entrar en él. Mucho menos horrible es el ceño de la muerte para aquel que sabiamente abrió el camino, y dispuso sus cosas para lograr una muerte buena; pues afianzado en las promesas infalibles del que no puede engañarnos, ni engañarse, espera (¡ó que esperanza tan dulce!) que la muerte pondrá fin á tantos trabajos, locuras, y congojas, y será principio de infinitos júbilos, y eternas alegrías. Por esto sin duda el hombre sabio se toma tiempo para corregir aquí aquella opinion, que nos representa tan espantoso, y terrible el mal de la muerte. En nuestra mano está, si quereámos, el hacer que mude el rostro, y aspecto: contemplándola, y meditándola frecuentemente, lograremos este provecho tan grande; pero aun será mas ventajoso, y seguro, si con toda diligencia, y cuidado nos preparásemos con las buenas obras, imitando á los Santos para lograr la muerte de los Justos, la qual ha sido, y será suave, dulce, y en todo tiempo envidiable. Hasta un Pagano Filósofo observó, que la Filosofía verdadera no es otra cosa que una meditacion de la muerte; pues con cuánta mas razón

deben decir esto mismo los verdaderos christianos? Pero de esto ya no hablemos mas, siendo mejor que el lector busque este argumento en los escritos de los Santos Padres, y otros piadosos, y modernos Escritores, que lo han tratado difusamente; pues el hablar mucho de esto aquí no convendría, y el hablar poco de poco serviria.

§. VII.

REsta, pues, el que ahora digamos dos palabras sobre la fortaleza que es necesaria en las ignominias, y afrentas, y en todo quanto puede vulnerar el honor, y la buena fama. Que el patrimonio de la buena fama, y nombre deba apreciarse por el hombre sabio, y prudente mas que la hacienda toda, aunque no en mas que la vida, no necesita de prueba. Está muy persuadido á esto el mundo todo; y pluguiese á Dios que no lo estuviese tanto, pues vemos que tantos hombres de la mas alta, y mas baja gerarquía, casi embriagados de este nombre *honor*, no guardan medida, ni modo, y saltando los vallados de las leyes, y los documentos de los hombres sabios, por la mas mínima injuria, ¿y que digo injuria? por una palabra dudosa, por un leve indicio de poca estimacion, ó aprecio, á manera de bestias fieras, levantan, y mueven riñas crueles; é implacables enemistades, estimando como punto de honor el morir, y el matar. Esta es nuestra conclusion: O el hombre hace tales acciones que traigan la infamia consigo, y le hagan perder el buen concepto; y en este caso debe quejarse solamente de sí propio, quando á su mal obrar sigue aquel castigo que el público tiene establecido, y dispuesto para el que deliberada, y públicamente comete semejantes iniquidades. Una vez que voluntariamente quisca obrar mal, es necesario que sabiamente, y con pacífica resignacion quiera tambien la penitencia, la pena. La executoria de no haber sido jamas vituperado, ni escarnecido, si la tiene alguno, la tiene el hombre hon-

rado, que obrando siempre con rectitud, y guardándose de qualesquiera accion mala por minima que sea, imprime en el corazon de quien le conoce un justo aprecio, una justa estimacion de sí mismo: con que aqui una de dos, ó siempre obrar segun lo piden la justicia, y la razon, ó si por desgracia se ha incurrido en algun exceso, por el qual la buena fama ha padecido naufragio, de allí en adelante se ha de manifestar el arrepentimiento, y la enmienda, con tantas acciones buenas, y honradas, que hagan ver el arrepentimiento, y la enmienda, y de este modo se vuelva á adquirir quanto sea posible la buena fama, y buen nombre; de manera, que no pudiéndose ya conservar el crédito de inocente, sea el de penitente el que le ilustre, y abone.

§. VIII.

NI son únicamente los malos los que padecen la pena de ser desestimados, y despreciados del pueblo. Tambien están los buenos expuestos, y sujetos á semejante tratamiento, no por título de pena, que suponga en estos algun demérito, ó culpa, sino por malignidad, y envidia de otros, ó por algun accidente, violencia, ó engaño: todo es cosecha del mundo perverso, que es lo mismo que un Juez no pocas veces ciego, que juzga de las intenciones, y operaciones de los hombres, y muy inclinado á encontrar defectos que publicar, donde no los hay. El que se halla puesto sobre el candelero, y tiene mas méritos que los otros, como asimismo el que es mas envidiado, y se halla en boca de muchos; estos, decia, están siempre en peligro de experimentar esta injusticia: ninguno está mas expuesto al tiro de los maldicientes, que los Príncipes, y hombres grandes. Por esto dixo no sin razon el Grande Alexandro: *Que aun haciendo beneficios, y obrando bien los Reyes, dan ocasion á que los censuren. Regium est quum benefeceris male audire.* Basta muchas veces el defecto de pocos para en-

vol-

volver en él una dilatada comunidad de personas, muy dignas de todo aprecio, y estimacion, y para desacreditar en quanto pueda ser á toda una entera nacion. Lo peor de todo es, que luego se echa mano de las calumnias, y se inventan atroces delitos, que solamente tienen su apoyo, ó no tienen otro fundamento, que la perversidad de un corazon maligno. Por tanto, no faltan entre los hombres buenos algunos que se impacientan, y quejean amargamente, quando llegan á saber que con libertad, y franqueza se esparcen contra ellos algunos cuentecillos, y falsas charlatanerias, no solamente entre la gente vulgar, pero aun entre los de otra mas alta clase tambien. Les parece insufrible esta indigna retribucion, que se da á su buen modo de obrar, y por tanto se acongojan en gran manera, viendo su reputacion tan ultrajada, y que no tiene remedio esta desdicha, porque la infamia, y la maledicencia encuentran mil correos dispuestos para extenderla, y llevarla velozmente á todas partes, pero la justificacion nadie la busca, ni procura entenderla, y no tiene, ni tantos pies, ni tantas alas como la censura. Los documentos de los hombres sabios aconsejan en estos lances mas que en otros, el uso de la virtud de la fortaleza, no para despreciar absolutamente las malignas intenciones, y perversas obras de los envidiosos, murmuradores, y maldicientes, y aun de otros injustos censores; pero sí para sufrirlas con animosidad, valentía, y fortaleza. Se debe tener por cosa imposible el que no se encuentre quien diga mal de tí, ó que todos te quieran bien. Se habla mal, no solo de los buenos, pero aun de los Santos. La señal mas cierta de un ánimo grande es el no turbarse, ni alterarse por estas tonterías de la imprudencia, y malignidad humana. El defenderse, y justificarse en estas ocasiones, si se puede prudentemente, no está prohibido, y aun alguna vez será necesario. Pero prescindiendo de todo esto siempre ha sido, y será siempre la buena conciencia un específico, y precioso confortativo para los buenos.

Testigos de su inocencia, y honradez son el mismo Dios, y todas aquellas personas que sepan por la práctica sus máximas laudables, sus acciones, y costumbres. Por lo demas, no se tardará mucho en que por sí mismas se desvanezcan las acusaciones mal fundadas, y las falsas calumnias. No, no quiere permitir nuestro Dios, que duren mucho tiempo. Por lo menos la gente sabia, y prudente sabe muy bien que no son ladrones todos aquellos á quienes ladran los perros; pero entre tanto es esta una leccion utilísima para aprender á humillarnos, y para conocer bien el terreno en que vivimos, y en el que fabricamos tantos castillos de esperanzas, y deseos: y si otra cosa no conseguimos, por lo menos deben servir estos dolorosos latigazos para desalojar de nuestra cabeza, y corazon aquellos cascabeles, y vanos humos de la detestable soberbia que nos domina, ó acaso nos preservarán de ciertos precipicios, á que nos expone el contento, y gozo de reputarnos por afortunados, y felices. *La próspera fortuna nos hace viciosos, la adversa virtuosos.* Cierta es que los Santos en vez de dolerse, y quejarse, se holgaban, y alegraban en estos sucesos tristes; porque de los desengaños, y motivos de humillarse sacaban mayor provecho que de sus alabanzas, y aplausos; pero si es de pocos el tener tanto valor, y generosidad, y el caminar tan adelante en la perfeccion, puede, y debe ser de todos el hacer ánimo, y mandarse cada uno con valor á sí propio, para no desistir, y descaecer por esto de aquellas empresas que van dirigidas á la mayor honra, y gloria de Dios, ó al aumento del bien comun. Es sin duda una gran flaqueza el hacer tanto caso, y aprecio del que habiendo nacido con la lengua para hablar, jamas sabe hacerla que calle. Preguntado un Filósofo por un discípulo suyo en que manera deberia portarse en su vida para evitar las detestadas de la gente envidiosa, le respondió: «Vete, y no hagas cosa alguna bien, ni valerosa, ni prudentemente; y obrando de esta manera, no temas que te haga guerra la gente

» te

»te envidiosa; obra como un loco desatinado, y ningun envidioso tendrá que hacer contigo; ó si esto no te agrada, obra como prudente, sufre, y aguanta; sin que te dé pena alguna la envidia.» Ni se hallará acaso algun personage ilustre, así entre los antiguos, como entre los modernos, que dexé de haber pagado á la maledicencia algun tributo. Habiéndole dicho á Platon que alguno hablaba mal de él, respondió: *Eso importa poco, porque yo procuraré vivir de tal modo, que ninguno le dé crédito.* Aristóteles en otro caso semejante respondió: *Me contento con que me den de palos, como yo esté lejos.*

§. IX. Debese aquí advertir, que nuestro cuerpo influye no poco en que seamos tímidos, y pusilánimes, ó constantes, y esforzados, y aun temerarios, y presuntuosos en los peligros. A medida, y proporcion de los espíritus, pocos, ó muchos, vigorosos, ó endeblés, que corren por los nervios, y la sagro del hombre, viene á ser su corazon medroso, y cobarde, ó intrépido, y valiente. Cierta es que la naturaleza ha dado la timidez á las mugeres, como por herencia, y dote, sin duda por ser el sexo más débil; y aunque se hallen muchos hombres, que ni aun en esto ceden á las mugeres; y de pusilanimidad, y timidez tan extraña, que para armarlos no bastaria toda Barcelona; con todo, por lo comun los hombres son más esforzados, y animosos que las mugeres: algunos ni aun saben que cosa sea el miedo: otros sin que les cueste trabajo alguno tienen estómago para digerir, no solamente las burlas de la gente popular, pero aun las injurias, y las censuras. El hombre sabio, aunque del vientre de su madre haya sacado un apocado espíritu, y se vea correr por sus venas la timidez, y cobardía, con todo hace que la razon, y tan así bien reguladas, puedan en esta parte suplir el defecto de la naturaleza; esto es, por lo tocante á la fantasia, pue

de

de servirle de mucho el corregir mil opiniones necias, que causan terror, y espanto, y que tienen gran crédito, y apoyo entre mugerzuelas, las cuales están expuestas por esto á una inquietud casi continuada, y algunas veces á que contra su voluntad las sangren; pero de estas hablaremos en el Capítulo XXXV. Conviene tambien acostumbrarse á mirar con ánimo sereno, é imperturbable qualquier espectáculo atroz, ó donde se vea sangre derramada; pero sin dexarse transportar al extremo contrario, que es la crueldad, como lo hizo Neron, que á los principios de su gobierno fué tan escrupuloso, y delicado. El temor justo, y prudente debe reservarse para aquellos objetos, y lances, que pueden causar grave daño, ó la misma muerte al hombre, para aquellos fieros, y graves peligros, á los cuales pide la prudencia que el hombre no se exponga si no es en el caso que la defensa de la virtud, ó el bien de la República lo pidan así.

§. X.

LA razon, pues (vuelvo á decir), tiene fuerza para infundir ánimo aun en el corazon de aquellos hombres, que son por su temperamento pusilánimes, quando la necesidad, la honestidad, y el decoro lo piden. Se han visto guapetones, y perdonavidas desmayarse, y quedar sin aliento á la vista de un cadahalso dispuesto, y destinado para castigo de sus delitos: parece que entonces nada oyen, á nada atienden mas que á los gritos mudos de su conciencia, que en aquel lance los acusa fuertemente, porque no la quisieron escuchar quando tantas veces les gritó. Al contrario, aun las delicadas doncellas, con ánimo invicto, y generoso, se presentaron á los tiranos para sufrir cruelmente la muerte por la fé de Jesu-Christo, su amado Esposo. Esta animosidad, este valor invicto es cierto que les venia del Cielo; pero la razon tambien concurría, animándolas la conciencia de una empresa gloriosa. Algunos otros, condenados justamente

al último suplicio, porque reflexionaban que las merecian, rindieron con intrepidez el cuello al golpe de la cuchilla. Quando un Soldado escuche la voz de la razon, se sentirá esforzado, y animado por su honor propio, por la fé que debe á su Príncipe, por la buena causa que defiende, y por otros motivos semejantes, para pelear valerosamente, sin que le acobarden los peligros á que se expone. Cierto es que el horrible ceño de un leon desatado, puede con razon poner miedo á toda una Ciudad, como sucedió en la de Florencia, donde habiéndose escapado una de estas fieras de su leonera, ó jaula, segun lo escribe Juan Villani en su Historia, como testigo de vista, una muger, viendo que el leon hizo presa de un chicuelo, hijo suyo, ella corrió intrépida, y animosa, y se le quitó de entre las garras con admiracion de quantos vieron este suceso, sin que la fiera hiciese despues demostracion alguna. El amor materno dió esfuerzos á esta muger para tan heroyca accion. ¿Pues por que no podrá hacer otro tanto la razon en otras ocurrencias, ó bien para obrar con valor, y constancia, ó bien para sufrir con resignacion, y paciencia? Pero jamas debe dar ánimo para que alguno sea temerario, y presuntuoso; porque la temeridad es una especie de locura, y toda virtud debe llevar á su lado la prudencia. Finalmente hemos dicho, que hay una especie de fortaleza, de la qual necesita todo aquel que toma alguna grande resolucion, ó en favor del público, ó en defensa de alguna justa causa, para que no le espanten, y hagan desistir los impedimentos que pueden ocurrir contra su determinacion. Pero aun aquí mas que nunca se necesita de la prudencia para medir sus fuerzas propias con lo difícil de la empresa. Se puede tambien en estos casos incurrir en la nota de temerario; pues la razon quiere que se ceda en ciertas ocasiones, y aun tal vez que se busquen, y admitan ciertas políticas tergiversaciones: de otra manera sucederá, que queriendo avanzar mas allá de lo que se puede, corre peligro de perder

derlo todo. Las cabezas duras , y obstinadas , que jamas saben doblarse , ni rendirse , no son buenas para gobernar bien navios grandes. Los bancos , y los escollos están por lo comun preparados para estos.

CAPITULO XXXII.

Del ánimo grande , ó pequeño de los hombres , y qual sea la verdadera virtud de la magnanimidad.

§. I.

COMunmente se cree que la magnanimidad es una virtud , que nace , y depende de la fortaleza. Pero acaso con mas razon podría defenderse que la magnanimidad es el género , y la fortaleza una de sus especies; quiero decir , que la fortaleza es hija , y no madre de la magnanimidad; porque el que tiene el ánimo grande , no solamente es fuerte , mas tambien es generoso , superior á todo interes , á los resentimientos , á la venganza , y puede producir sin duda muchos mas actos de virtud , que el que solamente es fuerte , y no mas. Pero ya he dicho repetidas veces , que no quiero meterme en estas quèstiones , que solo sirven de dar pábulo , y divertimento á los ingenios metafísicos , y de nada aprovechan para las operaciones , que es el fin de la Filosofía Moral. Por tanto , pasemos adelante , acordando de nuevo , que es una señal cierta de un ánimo grande el despreciar la hacienda por el amor de Dios , eligiendo el camino de la pobreza , para viajar menos cargado , y mas ligero por el del espíritu. Conviene despues manifestar con mas claridad qué cosa es esta grandeza de ánimo , como que entre las virtudes morales se reputa por una cosa de mucha importancia , y que no solamente mira al valor , ó á la hacienda , pero aun abraza , y se extien-

tiende á otros objetos , dignos de la vida de los sabios. Digo , pues , que asi como las cabezas de los hombres no se vacian por un mismo molde , ni son uniformes interior , ni exteriormente , aunque consten todas substancialmente de las mismas partes , asi los ánimos tampoco son uniformes. Podemos observar particularmente que hay ánimos chicos , y ánimos grandes , y esta diversidad parece que se debe atribuir únicamente á la misma naturaleza , pues ella es la que nos hace advertir , y ver claramente la gran diferencia que hay entre los hombres , y las mugeres ; y entre los hombres mismos , el que tiene grande ánimo , suele por lo comun tener mas espíritus , que el que tiene ánimo vil , y apocado. Aristóteles nos delinéo al hombre magnánimo , diciendo serlo aquel , que conociendo su propio mérito , aspira á honores muy altos. Guarde para sí Aristóteles su hombre magnánimo , sea el que se fuere. La ambicion , que es una de las enfermedades morales del hombre , que consiste en el desordenado apetito de honras , y dignidades , se parece mucho á la magnanimidad de Aristóteles : por lo qual es mas seguro el atenerse á la magnanimidad christiana , la qual permitiendo al hombre que no omita diligencia alguna para merecer los honores , al mismo tiempo no se acongoja , no suspirá , no se afana ni mucho , ni poco para conseguirlos ; y si los consigue , no por esto se envanece , ántes bien , como veremos despues , ni aun conseguirlos quiere en algunas ocasiones. No constituye la verdadera magnanimidad el aspirar á grandes honores , sino el intentar , y hacer honestas , y gloriosas acciones , y el aspirar á empresas ilustres. Por tanto digo , que puede llamarse hombre grande , y magnánimo aquel que por un fin mas noble , ó no busca , ó rehusa el tener las cosas mas estimadas , y deseadas del comun de los hombres , ó si las tiene , no las aprecia de tal modo , que presentándosele otro fin mas noble , y honesto , no esté resuelto , y pronto á privarse de ella , y renunciarlas al punto. La vida sin duda alguna